

PRESENTACION

Fantasía e ingenuidad en dos artistas chilenos

Esta breve presentación que nos ha solicitado ATENEA nos permite recordar nuestros inicios en la dura tarea del juicio estético, hacia 1955, cuando un grupo de amigos nos juntábamos en torno a la sala de exposiciones del Ministerio de Educación, en conversaciones interminables sobre arte y literatura. Allí concurrían Ludwig Zeller, Reinaldo Villaseñor, Fernando Marcos, Luis Sánchez Latorre, Nicomedes Guzmán, en un compañerismo ejemplar, que siempre quedará en mi memoria. Con motivo del Salón de Aficionados, que patrocinaba esta sala, llegaba Julio Aciares, el simpático hombre-niño de Copiapó, quien nos deslumbraba con sus fantasías inocentes, sus narraciones de ardientes colores.

En esta edición, por una extraña coincidencia del destino, se rinde un homenaje a Ludwig Zeller y Julio Aciares, dos asiduos contertulios a esas improvisadas reuniones en la Alameda. Estamos ante las oposiciones más rotundas, sin embargo, existe el lazo común de la originalidad marcada. Ludwig Zeller (1927) se fue a Canadá hace cerca de dos décadas y ha desarrollado con amplitud su labor de poeta y sus famosos "collages", con su mensaje surrealista tan sugerente, a base de recortes y pegoteos de refinada temperatura erótica. Esta manera tan peculiar de comunicarse plásticamente no ha sido un capricho, ya que se ha venido decantando a lo largo de años, aprovechando también el color.

Bien sabemos que la autonomía del "collage" se debe a Marcel

Duchamp, al utilizar en el lejano 1915 todo tipo de materiales para expresar sus inquietudes. El parentesco con Dadá es marcado y, justamente, en este movimiento aparece por primera vez un cuadro enteramente realizado con boletos de movilización colectiva, que causó escándalo. De esta vertiente Zeller extrae sus láminas con grabados del siglo pasado, que le sirven para recrear su universo poético, la incongruencia valiente del surrealismo, el estilo que sedujo desde su juventud al entusiasta comisario de la sala del Ministerio de Educación en las décadas del cincuenta y sesenta.

Han pasado los años y el artista ha depurado su lenguaje, profundizando en su extraña mitología contemporánea. Sus abigarradas composiciones poseen la sugerencia onírica tan suya, como apreciamos en "Algo le pasa al Tío Sam", "Retrato de Susana Wald" y "Así se hace", esta última una serie de gran nobleza plástica, donde aparecen menciones literarias, propias de un hombre de letras, pero la pureza de la composición es propia de un artista que nunca dejó de interesarse en el color y la forma. Una obra que nos interna en los vericuetos intrincados de la metáfora, en los postulados inagotables que le dieron gloria a Breton.

En el otro extremo está Julio Aciares (1923-1980), que se dejó llevar por sus fábulas candorosas, con sus paraísos ingenuos, de populismo primitivo. Al contemplar la totalidad de su producción advertimos que se respira la paz idílica de un hombre bueno, a pesar de sus quejumbrosos relatos sobre la muerte de su madre. Los temas delatan la bondad innegable del autor: "La bella guardadora del templo", "Mujer de los pájaros", "Alicia en el país de las maravillas", "Mamacita en su propio paraíso". Es un "naif" en el tema y también en la técnica, con sus formas planas y el rústico dibujo, para interpretar escenas que transcurren en una ciudad sana, tolerante, que no se contamina con los arrebatos carnales.

La figura humana es el centro de sus intereses, pero aun en sus "naturalezas muertas" se advierte el grafismo sinuoso que aparece en sus seres de blanda contextura, con los mismos ritmos

sencillos y perspectivas trastrocadas que vemos en las pinturas infantiles de Aciares. Hemos expresado en variadas ocasiones que en medio de las intelectualizadas soluciones del arte contemporáneo, que universaliza los gustos, surge el calor de lo primitivo o el anonimato que reluce en la rústica manualidad del artesano popular de Quinchamalí. Algo muy similar sucede con las pinturas del artista que se exalta en estas páginas, con sus narraciones paradisíacas y su contagioso optimismo.

Estos originales "pintores de domingo", como los denominan algunos historiadores, tienen una apacible quietud de día de asueto y cromatismo altisonante. Su temática sugerente no adeuda a nadie sus soluciones sorprendentes y como todo ingenuo tampoco formará escuela ni dejará seguidores. Son navegantes solitarios de los mares del ensueño. Existe una curiosa manera de expresarse, con esa licencia alegre de los niños que miran el modelo que tienen al frente, pero resuelven las casas como cubos, con ese esquema previo que adornan a estos simpáticos seres, que olvidan el natural. Son cuentos imaginativos, difíciles de captar, pero plenos de detalles inesperados, únicos, que alegran el espíritu.

ATENEA recoge en este número el esfuerzo sostenido, inventivo, de Ludwig Zeller, que descubrió el encanto de las leyendas infantiles de Julio Aciares, en la antigua sala del Ministerio de Educación. Se unen en simpática hermandad el refinado constructor de fantasías soñadas, de amplia cultura, con el inocente creador de "Mamá intercede por mí ante Cristo", en una plegaria plástica muy sentida. Es una magnífica oportunidad para cotejar estilos y unir resultados opuestos, pero que coinciden con algarabía en ser auténticos, personales. Ambos conviven con placer muy profundo el libre universo de las artes visuales.

RICARDO BINDIS